

V

En toda la noche no pudo Fuentemora conciliar el sueño. A la cólera había sucedido en su espíritu la confusión y el abatimiento. De las tres personas que, á la sazón, compartían con él el cariño de su hermano y el bienestar de un hogar tranquilo, una había sido capaz de abusar de su confianza y de colocarlo en una situación angustiosa. Era preciso á todo trance averiguar quién era la culpable, aunque no fuera más que por no atormentar á las otras dos con suposiciones humillantes é indignas.

Le habían robado; el autor de la felonía debía haberse propuesto algún fin. Y comenzó en su imaginación á analizar la vida y costumbres de los individuos de su familia. Comenzó por Adela. Diez años llevaba en su compañía; en el transcurso de ese tiempo había sido irreprochable la conducta de la señora. Su aspecto era el de una soberana; pero se hacía menester confesar que no eran los aderezos complicados, las toaletas vistosas ni las joyas de precio, los que la daban su aureola de majestad, sino su distinción suprema y su arte exquisito. La verdad era que vestía modestamente y que ella misma confeccionaba sus vestidos con telas, antes que suntuosas, humildes. Buscó el recuerdo de una acción dudosa, de un proceder extraño, de un hecho incorrecto, y no pudo hallarlo. En la conducta y en la actitud de Adela nada había de censura-

ble. Era una madre y una esposa ejemplar. No salía de casa sino acompañada de los suyos, excepto cuando hacía sus contadas visitas de vecindad. Sus gastos eran nulos, puesto que todas las telas con que confeccionaba sus trajes modestos eran regaladas por Federico. Al preguntarse en qué podía invertir diez mil pesetas la mujer de su hermano, Felipe tuvo que contestarse que la pregunta, por sí misma, era absurda.

Más probable le parecía que el autor de la sustracción fuera Julio. Pero Julio había sido siempre un muchacho pundonoroso, sobrio, y aun pudiera decirse que austero. Los informes y notas de la Academia lo presentaban como modelo de alumnos y como caballero de honradez y escrupulosidad sin tacha. Excepto la costumbre de fumar algún cigarro de papel después de las comidas, no se presentaba tarea fácil encontrar en él vicio alguno. No bebía, no jugaba, ni se le conocía el menor devaneo. El polvo del tabaco encontrado en su llave era un indicio; pero su actitud digna y resuelta, su indignación al sentirse acusado, alejaban toda sospecha. Llegado recientemente á la capital, no había tenido tiempo de contraer amistades de las que se juzgan peligrosas. Sin embargo, él tenía en su poder la llave maldita. ¿Quién sino él podía haber cometido el hurto?

Una sospecha, que le produjo dolor y sobresalto, pasó por el cerebro del atribulado Felipe. Quedaba su padre. Pero no; pensarlo sólo era criminal. El debía á su progenitor obediencia y respeto. ¿No era repugnante y odioso que lo acusara sin pruebas fehacientes? Sin querer, analizó también el carácter y las costumbres del anciano. Era reservado, y á ello le ayudaba su triste mudez. Había en sus costumbres una regularidad asombrosa.

La mañana la invertía en leer periódicos y revistas; por la tarde iba al Círculo Militar, de donde regresaba, ya anochecido, á casa de sus hijos, de donde no se movía y en donde pasaba la velada jugando al ajedrez ó al *bezique*, unas veces con Federico y otras con Adela. Los domingos salía de caza á un monte situado cerca de Villalba, ó á colocar impactos sobre los discos del Tiro Nacional. Cobraba regularmente su paga de retirado del Ejército, y ella no sólo le bastaba para sus pequeñísimos gastos, sino que debía dejarle un considerable remanente.

Esta última consideración inspiró á Fuentemora un salvador recurso. Acaso su padre podría, con sus ahorros, contribuir á salvarlo del conflicto en que le colocaba la pérdida de la suma hurtada. Con esta esperanza se le hicieron eternas las horas que tardó aún en clarear el día. Hasta las ocho no salió su padre de su dormitorio. En cuanto Felipe lo divisó, se apresuró á llamarlo.

En la fisonomía del veterano se advertían también las huellas del insomnio y la preocupación. Acudió al llamamiento de su hijo, y, sin duda temiendo algún imprudente arrebato, se apresuró á entornar la puerta tras sí.

Felipe vaciló antes de dirigir la palabra al anciano. Recordó el inmenso prestigio, la autoridad indiscutible y serena que había tenido siempre para sus hijos y sus subordinados aquel jefe militar heroico, á quien sus amigos más íntimos llamaron siempre respetuosamente don Ramiro, y se avergonzó de haber dado forma en su imaginación á la más ligera sospecha.

Por fin, el ex comerciante rompió el embarazoso silencio.

—¡Qué contratiempo, padre—dijo—. ¡Qué dis-

gusto vamos á dar á mi hermano Federico cuando le digamos lo que ha ocurrido!

Don Ramiro frunció el entrecejo. Era aquella una nueva complicación. El carácter del catedrático descollaba entre todos como irascible y violento. Era seguro que, si se averiguaba que uno de los suyos había faltado á sus deberes y cometido un miserable abuso de confianza, su cólera no tendría límites.

El anciano hizo un gesto que, indudablemente, quería decir—: Busca.

—He buscado, padre, he buscado—dijo con acento dolorido Felipe—. No cabe ya la menor duda de que hemos sido víctimas de un hurto. ¿Cree usted que Julio habrá sido capaz...?

Nuevo fruncimiento de cejas del coronel y luego un imperioso gesto negativo.

—Entonces, ¿habrá sido Adela?

El anciano negó asimismo.

—¡Pero!—exclamó Felipe con angustia—, ¿quién ha podido ser entonces?

El anciano encogió los hombros, dando señales de abatimiento.

—Mire usted, padre—dijo el atribulado ex comerciante—. La situación en que nos hallamos es difícilísima. Dentro de quince días tengo forzosamente que deshacer la venta de Campo Real; de no hacerlo así y no ejercitar el retracto nos habremos arruinado miserablemente. ¿Dónde encontrar las diez mil pesetas que nos faltan? ¿Dónde hallar siquiera nueve mil, siquiera ocho mil?

Asomaron á sus ojos dos lágrimas, y el viejo le miró con interés, presa de visible emoción.

—Va usted á permitirme, padre, que le haga una pregunta, acaso impertinente. Usted viene cobrando por su retiro y la pensión de su cruz una canti-

dad no despreciable, desde hace diez años. Con exquisita delicadeza ha venido usted invirtiendo la mitad en agasajos á todos nosotros, queriendo compensar de este modo la insignificante molestia que su estancia aquí pudiera causarnos. Bien sabe Dios que no quisiera hablar á usted de estas cuestiones embarazosas; pero no hay más remedio, padre.

El viejo hizo un gesto de impaciencia, que podía traducirse—: Acaba.

—Pues bien; de las cantidades que usted cobra, se reserva, desde hace diez años, un remanente que coloca en alguna parte; porque sus gastos de usted son ínfimos. Permitame usted que se lo pregunte—: ¿Qué ha hecho usted con ese dinero?

El viejo le miró fijamente, pero no contestó con el menor signo. Bajó la cabeza y quedó pensativo.

—Si usted pudiera—siguió balbuciente Felipe—, adelantarme alguna suma de las que, indiscutiblemente, debe tener ahorradas, el apuro sería menor y encontrar el resto más fácil. Dígame usted, por amor de todos nosotros, si puede hacer lo que le propongo.

Con gestos y actitudes que no dejaban lugar á duda en su interpretación, el viejo coronel dió á entender á su hijo que no tenía absolutamente dinero alguno.

—¡Cómo!—prorrumpió asombrado Felipe—. ¿No tiene usted guardada ninguna cantidad?

La negativa, esta vez, fué clara, terminante y rotunda.

—Entonces—exclamó consternado Fuentemora—, ¿qué hace usted con las cantidades que se reserva?

El anciano no contestó. Después de un penoso

silencio, alzó la cabeza, se encogió de hombros y pareció decir á su hijo—: No puedo contestarte.

La estupefacción de Felipe fué enorme. Allí, donde la vida de todos era transparente y diáfana, había alguien que procedía en su conducta con misterio y sagacidad, y ese alguien era su propio padre. Toda una nube de vergonzosas y tristes sospechas acudió á su cerebro, produciendo en él confusión y trastorno. Y el anciano lo contemplaba fijamente, inmóvil, como pudiera permanecer una esfinge, sin que en su semblante ni en su mirada fuera posible adivinar un indicio que sirviera para descifrar su extraño misterio.

Felipe lo contempló también con curiosidad, y aun pudiera decirse que con espanto. Una idea abrumadora lo sobrecogió. ¿Jugaría su padre en el Círculo? ¿No podría esta debilidad haberle colocado en un trance difícil, para salir airosamente del cual no hubiera vacilado en sacrificar sus deberes de padre para salvar en el casino su prestigio de hombre de honor?

Esta vez fué él quien inclinó la cabeza con vergüenza y abatimiento. La idea de la próxima ruina irremediable le hizo reaccionar en seguida. No; todo aquel misterio no podía continuar en la sombra. La verdad tenía que ser averiguada, ocurriría lo que ocurriera.

—Padre—dijo con acento nervioso—, Federico va á volver dentro de quince días, y es preciso ocultarle cuanto aquí ocurre. Como no tengo otros medios de resolver el conflicto en tan breve plazo, todos ustedes han de permitirme que proceda al registro de sus muebles y sus papeles.

Enderezóse el viejo, y por sus ojos pasó algo así como un relámpago fugaz de cólera.

La escena, comenzada con súplicas, iba á

acabar, seguramente, con imprecaciones y amenazas.

Pero, en aquel momento, la puerta se abrió y entró en la habitación Julio, pálido, descompuesto, con los cabellos y la ropa en desorden.

—Todo ello es inútil—balbució convulso—. ¡Sólo yo soy el criminal!

VI

Arizábal no había permanecido ocioso. Es cierto que no había comenzado á instruir el sumario; estaba convencido de que el autor del hurto era alguien de la familia de Fuentemora, y le parecía francamente inútil promover el escándalo, cuando las condiciones del delito eran tales y la exención de pena tan indudable que, á la postre, habría de tener aplicación al proceso el art. 580 del Código penal. Pero había puesto en movimiento á un individuo de la policía judicial, fino sabueso que, durante veinticuatro horas, puso en juego á todos sus confidentes, los cuales, si no le procuraron datos bastantes para descubrir al culpable, le facilitaron algunos que el nuevo Juez consideró del mayor interés.

La tarde siguiente á aquella en que visitó por primera vez á su amigo, vistióse, como de costumbre, de un modo pulquérrimo, requirió su bastón de borlas y se encaminó á casa de Fuentemora, resuelto á interrogar, uno por uno, á todos los individuos de la familia.

Halló á su amigo solo y consternado. Julio, el aparentemente digno y pundonoroso oficial, se había declarado autor de la sustracción aquella misma mañana. Lloroso, descompuesto, no había pronunciado sino las suficientes palabras para confesarse culpable. Luego se había encerrado en el más inexplicable mutismo. Tal vez la vergüenza de haber abusado de la confianza de su protector, ó el temor á las medidas que éste creyera conveniente adoptar, acaso la previsión de los acontecimientos desagradables, que forzosamente habrían de ocurrir al regresar á Madrid su padre, ó los más graves á que podría dar lugar el conocimiento de lo ocurrido por parte de sus compañeros de armas, le habían perturbado hasta el extremo de producirle un abatimiento que adoptaba el silencio por única fórmula.

Arizábal creyó prudente ver por sí mismo un cambio tan brusco en un joven orgulloso, digno y altivo el día antes, y ahora trémulo y consternado. El cambio era verdaderamente maravilloso. Así, rogó al ex comerciante que le hiciera venir á su presencia.

Diez minutos después volvía á entrar en la habitación Julio, menos agitado que por la mañana, pero también más abatido y triste.

Un ligero carmín apareció sobre sus mejillas al ver á Arizábal, ante el cual habría de repetir la confesión penosa de su despreciable delito.

—Joven—le dijo con voz afable y cariñosa Arizábal—: ruego á usted que no vea en mí, en momento alguno, á un magistrado, sino á un viejo amigo de su padre, que desea á todo trance evitarle un disgusto á su regreso. Su tío de usted me ha dicho que usted ha reconocido su ligereza, y yo deseo que nos ayude á encontrar á este enojoso

asunto una solución. No se deje usted llevar de pesimismo alguno; yo ya he vivido mucho y he aprendido á disculpar ciertas ligerezas. Además, todos hemos sido jóvenes. ¡Qué diantre!

Mientras pronunciaba estas palabras, con la sonrisa más franca en los labios, atraía hacia un diván al hijo de su amigo ausente.

Felipe Fuentemora se había sentado en el sillón de la mesa escritorio y fingía leer para ocultar su turbación. Tosco y de carácter violento y brutal, capaz por temperamento de los mayores arrebatos, era bueno, sin embargo, Felipe, y se avergonzaba por su sobrino y se condolía de verlo en situación tan desairada y afrentosa.

—Vamos á ver, amigo mío—dijo el nuevo Juez, oprimiendo afectuosamente una mano de Julio—. ¿Qué día sintió usted la tentación de apoderarse del dinero y, utilizando la llave confiada á su custodia por su tío de usted, sacó los billetes del cajón de la mesa en que estaban depositados?

Tardó el joven en contestar. Por fin, con voz casi imperceptible é inarticulada, pronunció estas palabras:

—Hace cinco días.

—¿Cinco días?—repitió el funcionario, contando por los dedos—. ¿De modo que fué el martes?

El oficial hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Pero—dijo asombrado el Juez, dirigiéndose á Fuentemora—si mal no recuerdo, me dijiste que el miércoles tenías en tu poder esa cantidad.

—Y es cierto—contestó en seguida Felipe—. Estoy completamente seguro de que el miércoles conté esa cantidad y estaba completa.

Julio bajó aún más la cabeza, contrariado y confuso.

—Veamos—amigo mío—le dijo Arizabal—. ¿Qué interés tiene usted en mentir en cosa tan indiferente de suyo? Veo que no tiene usted confianza en nosotros. Pero, se lo repito, aquí no se trata de instruir un proceso, ni mucho menos de castigar. Pedimos tan sólo un poco de franqueza y sinceridad para ser indulgentes.

El oficial no contestó.

—Hay por ahora—prosiguió el Juez con la misma inflexión afectuosa—algo más importante que abochornarlo á usted, y es recobrar la cantidad sustraída, en todo ó en parte. Ya sabe usted en qué situación tan comprometida coloca á su señor tío de usted su pérdida. Ella significa su ruina, puesto que no puede retrotraer una finca enajenada en la sexta parte de su valor.

Nuevo y más obstinado silencio.

—En nombre de lo que para usted pueda haber en el mundo más respetable; del digno uniforme que viste; de su padre, que ignora lo ocurrido y recibirá, al saberlo, un golpe bien rudo y funesto; en el de su madre, atribulada, que lleva dos días llorando sin cesar, encerrada en su habitación, yo le ruego á usted que me diga lo que ha hecho con ese dinero...

—Lo he gastado... no lo tengo...—dijo al cabo, después de realizar un esfuerzo supremo, Julio.

—Voy á permitirme ayudar á su memoria de usted—siguió impasible el funcionario—. Es seguro que el miércoles por la tarde estaba en el cajón de la mesa la cantidad, y que el jueves á mediodía había desaparecido, puesto que fué cuando la echamos de menos. La sustracción debió realizarse, pues, en la noche del miércoles ó en la madrugada del jueves.

La argumentación era lógica; pero Julio la oía

índiferente, pensando tal vez en otra cosa, como si todo aquello no le afectara en lo más mínimo. Escuchaba con el ceño fruncido, abatido, con las manos juntas y en actitud de sufrir el interrogatorio como un ruido penoso, una insufrible cancamurría que atormentara despiadadamente el cerebro, sin darle la menor noción de las cosas á que pudiera referirse.

—Veo—dijo Arizábal—que su silencio es obstinado. Pero yo tengo que hacer constar que, de no existir cómplices, el dinero tiene que estar en poder de usted forzosamente. El miércoles por la tarde, el cajón no había sido abierto ni la cantidad sustraída. Pues bien; desde entonces, usted no ha salido á la calle y no ha podido, por consiguiente, sacar de casa esa cantidad.

El argumento era incontestable. Fuentemora lo escuchó con asombro. El no había pensado en ello á pesar de su sencillez. La esperanza de recobrar la cantidad, de salvarse del desastroso expolio, le devolvió los perdidos ánimos. El fué, á su vez, quien se acercó, sonriente, á Julio.

—Hijo mío—le increpó—, y te llamo así, porque eres hijo mío en afecto. Ya sabes que toda mi fortuna ha de ser á la postre para ti, puesto que no tengo familia que pueda disputártela. Ya estamos al tanto, como ha dicho muy bien Joaquín, de lo que es la juventud atolondrada é irreflexiva. ¡Ea! Yo te perdono. Devuelve ese dinero, y te prometo que dentro de seis meses te regalaré otras diez mil pesetas, una vez que haya recobrado la finca perdida y la haya podido vender en su justo valor. Conque dínos dónde has guardado los billetes, y haz cuenta de que aquí no ha pasado nada.

Lo decía alegre, regocijado, seguro de que su argumentación era decisiva.

Pero se equivocó. Julio siguió inmóvil, y ni una palabra salió de sus labios.

—¿De veras no tiene usted en casa ese dinero?—preguntó sorprendido el Juez.

Julio hizo un esfuerzo y contestó claramente:

—¡No!

Arizábal quedó perplejo.

—En tal caso—dijo friamente—tiene usted cómplices que han sacado el dinero de casa. Y como en ella no ha entrado desde anteayer nadie, sino yo, y en estos días no tienen ustedes criados, es indudable que ese cómplice no puede ser otra persona que...

Julio y Felipe le miraron con ansiedad.

—Que su abuelo de usted ó su madre—acabó el funcionario, impassible.

El oficial se puso en pie.

—Mi madre—balbució—nada tiene que ver en este asunto, y yo le suplico á usted que la respete.

—Está bien—replicó Arizábal—. Nada más de mi gusto. Su madre de usted salió el viernes; directamente fué desde aquí á la iglesia de San José, de donde salió á la media hora para regresar derechamente á casa. No ha vuelto á moverse de su habitación. En cuanto á su abuelo de usted, salió también en la mañana del viernes, después de hablar con usted largo rato.

—Hablamos de asuntos ajenos á éste—replicó Julio, ya más animado—. De mi madre y de mi carrera, y además muy pocos minutos, por no expresarse el abuelo sino por señas.

—Después—continuó sin hacerle caso Arizábal—don Ramiro fué á dar un largo paseo; por la tarde estuvo en el Circulo, y ayer salió también por la mañana, sin que se haya podido averiguar adónde. De no estar en casa la cantidad, como

usted asegura, ha sido llevada por su señora madre de usted á la iglesia, ó á otro sitio desconocido, por su abuelo. Pero como todo esto es inverosímil, amigo mío, es seguro que la cantidad está en poder de usted todavía.

—Pues bien; sí, tengo el dinero—confesó al fin resueltamente Julio—. Pero es inútil que se moleste usted en hacerme preguntas, porque estoy firmemente decidido á no contestarlas.

Semejante respuesta indignó á Fuentemora.

—Eso es sencillamente una villanía—balbució—, y juro á lo más alto que, si dentro de una hora no has dicho en dónde escondes el fruto de tu miserable rapiña, escribiré al coronel del regimiento á que estás destinado, para que tome la determinación que convenga.

Julio palideció.

—No hará usted eso—dijo, temblando, á su vez, de miedo ó de cólera—. No lo hará usted, ó no responderé de mis actos.

—¿Amenazas aún?—rugió el comerciante—. Cuanto he dicho es mi voluntad, y la sostengo.

El oficial le miró con las pupilas dilatadas é expresivas. Luego, sin pronunciar una palabra, se encaminó á la puerta y salió de la habitación.

Se oyeron sus pasos desiguales, luego, sollozos; por fin, un llanto ruidoso, inconsolable, que se fué alejando por los largos pasillos...

Joaquín y Felipe quedaron en pie, contemplándose absortos, en silencio.

VII

Un rumor dulcísimo, casi imperceptible, se alzó en el silencio de la noche. Era algo así como el ruido, de propósito aminorado, de un picaporte alzado por una mano delicada y discreta. Debía hacer lo menos tres horas que habían sido apagadas las luces, y en toda la casa parecía reinar la tranquilidad y la calma más absolutas. Lo que ya no era tan seguro, era que las tres personas que componían la familia de Fuentemora durmiesen con aquel sereno reposo con que descansan quienes no sienten la menor preocupación; reposo incompatible con las agitaciones del ánimo.

Una puerta se abrió muy despacio, y en la obscuridad avanzó una sombra. Eran sus pasos cautelosos, como si temiera que pudieran ser percibidos. Deslizóse á todo lo largo de la pared y avanzó poco á poco hasta llegar á la puerta de la habitación de Felipe. Una línea de luz debilísima se dibujaba en la obscuridad por debajo de la puerta del dormitorio. El noctámbulo se detuvo algunos momentos y escuchó. No debió percibir el menor rumor, porque volvió á emprender la marcha con igual precaución y cautela.

Diez pasos más allá volvió á detenerse ante la habitación de Julio. Con exquisita precaución apoyó la mano sobre el picaporte y comenzó á ejercer sobre él una presión gradual y pausada. Luego empujó suavemente la puerta, y la claridad de una

lmparilla nocturna iluminó la figura del visitante, ó para decirlo de una vez, del abuelo.

Miró hacia la cama de Julio don Ramiro. El nieto debía dormir, rendido por las emociones y la agitación de tres días amargos. Con paso sigiloso fué acercándose hasta el borde mismo del lecho. La respiración del joven oficial era frecuente, pero tenía esa isocronía del sueño que denota el imperio de lo inconsciente y de lo mecánico sobre lo voluntario y lo libre.

¿Qué iba á hacer don Ramiro á la habitación de su nieto, á las altas horas de la madrugada? En su expresión no aparecía ni temor, ni crueldad, ni malicia. Su semblante conservaba la impassibilidad de todos los días. Su barba, blanca completamente, le daba un aspecto venerable. ¿Por qué, entonces, elegía aquella hora para hacer algo que, de ser lícito, podría realizar durante el día y en plena luz?

Una vez cerciorado de que el joven dormía, se encaminó resueltamente hacia un pequeño armario colocado encima del escritorio. Sacó del bolsillo un manajo de llaves y fué introduciéndolas una tras otra en la cerradura, buscando, sin duda, el medio seguro de abrir el mueble.

Era acaso la acción censurable. No obstante, en la fisonomía de don Ramiro ni un sólo músculo se contrajo, ni la más mínima alteración expresó ni el remordimiento ni la vergüenza. Siguió imperturbable hasta conseguir ajustar una de las llaves, darle vuelta y abrir el secreter con precaución, igual á la que había empleado antes para abrir la puerta del dormitorio.

Registró el mueble escrupulosamente. Abrió uno á uno los pequeños departamentos colocados en el fondo, y examinó cuantos papeles halló y que pudo

calificar de interesantes. No halló dinero ni billetes. Casi todos los legajos estaban formados por cartas de familia ó certificados de estudios; otras veces eran notas y apuntes procedentes de la Academia. Conforme iba desatando paquetes, el anciano iba frunciendo el ceño, como defraudado en sus ignorados propósitos. Luego volvía á atar, á arrollar ó á ordenar los papeles ya examinados, y á colocarlos con habilidad suma en igual sitio y disposición en que antes se encontraban, para no dejar, á ser posible, la menor huella del extraño registro.

Por fin sus manos impacientes dieron con un sobre abultado. Estaba oculto en lo más recóndito del secreter. Al tomarlo en sus manos, en los ojos del viejo brilló un relámpago de jubilosa satisfacción. Ya no pensó sino en esconder precipitadamente el sobre en uno de los bolsillos de su americana, cerrar el secreter y salir de la habitación de su nieto.

Este hizo un movimiento inconsciente y lanzó un suspiro. El veterano quedó inmóvil y rígido, sin pestañear; pero el joven no despertó. Volvió á agitarse levemente y su respiración recobró su monótona isocronía. Esta vez fué el anciano quien suspiró. Cerró el secreter y salió de la habitación pisando muy quedo, deseoso de salir del foco débil de luz amarillenta que proyectaba sobre su cuerpo la *viell euse*.

Una vez en el largo y obscuro pasillo, volvió á emprender la marcha silenciosa y lenta, apoyándose en la pared para no perder la orientación. El propósito del viejo estaba, sin duda, cumplido, y ahora lo único que le preocupaba era volver á encerrarse en su cuarto, sin que nadie en la casa pudiera sospechar su excursión nocturna, ni el registro que había hecho en los papeles de su nieto.

De pronto se detuvo y una sacudida brusca y nerviosa paralizó sus movimientos. Toda la sangre de sus venas debió agolparse á su corazón. Alguien se movía en la sombra y se acercaba con el mismo sigilo, igual lentitud y precaución que él mismo empleaba. Hizo por contener la respiración y por no producir el menor ruido. Pero, sin duda, su presencia había sido observada por el otro noctámbulo, porque dejó de escuchar sus pasos y, durante cinco minutos, el silencio tornó á ser sepulcral.

Inmóvil, pegado al muro como una sombra, no osó el veterano moverse en todo este espacio de tiempo. Otro tanto debió ocurrir al extraño trasnochador. Por fin volvieron á escucharse sus pasos levisimos y un ligero roce de faldas denunció á don Ramiro la presencia de Adela.

Se alejaba, temerosa como él, de ser sorprendida; se alejaba, y llevaba en su pecho, como él, el sobresalto. ¿Qué hacía allí la nuera á tales horas? ¿No vendría también á registrar los papeles del hijo y á apoderarse de algo que ella consideraba importante? Siguió como clavado en su sitio, hasta que un leve rumor le advirtió que acababa de ser cerrada, con precaución verdaderamente exquisita, la puerta del cuarto de Adela.

Entonces, don Ramiro emprendió de nuevo la marcha. Caminó á tientas hasta encontrar la puerta de su habitación. La abrió con cuidado. Entró y la cerró en seguida tras sí. Una vez dentro, respiró fuertemente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Buscó en la obscuridad el conmutador de la luz; le imprimió una débil torsión y la claridad de una lampara eléctrica iluminó, deslumbrándole con su incandescencia, la habitación del mudo.

Era ésta un pequeño paralelógramo, en que no

había sino una cama de madera curvada, cubierta por una piel de guanaco argentino. Una mesa, un pequeño estante con libros, dos sillas y dos escopetas apoyadas en un rincón, completaban todo el mueblaje.

Don Ramiro colocó una silla junto á la mesa, se sentó, sacó del bolsillo el sobre abultado y extrajo de él dos pliegos de papel de cartas cubiertos de una letra desigual y menuda, que reconoció desde luego como de Adela.

Extendió la carta sobre la mesa, apoyándose en ella de codos, y comenzó á leer:

VIII

«Con la angustia en el alma y la muerte en el corazón, te escribo, hijo mío, esta carta, que servirá tal vez para que me desprecies y aborrezcas. No tendría valor para decirte de palabra lo que, á solas, interrumpiéndome para llorar mi culpable torpeza, me atrevo á consignar en este papel. No puedes figurarte lo penoso, lo horrible que es tener que confesar á un hijo errores y extravíos. Hemos consagrado toda una vida á hacerle dichoso, para recibir en cambio los tiernos testimonios de su cariño y su gratitud; y cuando ya la tarea parece cumplida, es superior á las fuerzas humanas decirle que no merecemos su estimación y que somos acreedores á su desprecio, ó cuando menos, á su repulsa.

»Voy á decirlo desde luego y con toda su abo-